

panorama mundial

DN Norteamérica el padre Dubay ha pedido —con sorpresa de los lectores europeos— la creación de un sindicato que agrupe a los cincuenta y ocho mil sacerdotes católicos de U. S. A., para la defensa de sus legítimos derechos.

El cardenal Bee dijo en el Concilio, en 1964, que el número de vocaciones religiosas disminuye claramente en el mundo. «Se puede hablar de crisis...; y no puede uno evitar el preguntarse si en ella no hay también factores que son inherentes a la vida religiosa misma».

Y durante la cuarta sesión conciliar el padre Arias decía, de Pueblo, lo que todo el mundo sabe en Roma: que en la Congregación para la Doctrina de la Fe (antiguo Santo Oficio) hay unas 10.000 peticiones de sacerdotes que quieren pasar al estado laical, y poder también contraer matrimonio.

En España se habla, en la prensa, de actitudes más o menos inconformistas en algunos seminarios. Y las críticas, en pro o en contra del clero, se multiplican.

Esto alarma a los que creen que todo —o casi todo— debe ser celosamente conservado en la Iglesia. Pero si, hasta ahora, el clero no podía hablar de sus problemas e inquietudes, por fin ha sido consciente de que la tertulia de café, o el chismorreo entre los de su propia clase, es insuficiente e ineficaz. Empieza a querer participar, todo sacerdote, en esa opinión pública que tanto trabajo cuesta desarrollar —por culpa de dirigentes y fieles— en muchos países de influencia católica.

Resultaba, en el fondo, hasta el momento presente más cómodo presentar todavía la figura del que dirige en la Iglesia como algo «tabú». Para el fiel seglar, el cura era el «mago de aldea» (Karl Barth) en bastantes ocasiones; y el que manda era, respecto al clero, religiosos y fieles, en buena parte, el gran jefe rodeado de protocolo e insignias de prefecto romano, como se atrevió a decir algún padre conciliar.

En una palabra: la libre discusión, y la comunicación franca y abierta a plano de amistad, como pidió Pablo VI, no eran hasta hace poco la tónica usual entre los cuadros de la Iglesia.

liberación del feudalismo

TUVO que ocurrir un Concilio —el Vaticano II— para que muchas de las cosas que había dicho Pío XII, en los primeros dos tercios de su pontificado, empezasen a ser realidad.

Los derechos humanos fundamentales, habíamos casi olvidado que es imprescindible que sean siempre los elementos estructurales de base. Elementos que deben ser respetados radicalmente por todo el que se organice como católico. La opinión pública, la libertad de investigación, la libertad religiosa, la convivencia auténtica, el diálogo con todos los hombres, sin paternalismos, son conquistas que han comenzado en el Concilio, y deben impregnar más vivamente la organización eclesial.

Pero estas conquistas sólo han comenzado. Lo demuestra la crisis que se palpa en muchos medios eclesialísticos. Crisis de desarrollo, y de perfeccionamiento positivo, que será sin duda de gran trascendencia para el futuro religioso del país y del mundo entero.

Las estructuras humanas del catolicismo real —el que se vive aquí o allí todos los días— hemos de darnos cuenta que están cambiando. Y están modificándose porque no había más remedio que adaptarse a un mundo que ya no es el rural, acientífico y rutinario de nuestros mayores; sino el industrializado, urbano y técnico del siglo XX. Vienen nuevos modos de pensar, sentir y actuar —como ha dicho el Vaticano II— que no pueden ser desconocidos por la Iglesia. Es más: deben ser asimilados por ella, en un verdadero esfuerzo de «universalización».

Si creemos que aquello que distingue fundamentalmente al catolicismo del protestantismo es ese «universalismo» profundo, no hay duda que es preciso saber aceptar, en la estructura humana de la Iglesia —que tan desarrollada está—, todo lo que de bueno aporta la cultura de cada pueblo y de cada época. No podemos encastillarnos en unas formas religiosas semi-feudales, para continuar disminuyendo no sólo efectivos —como nos informó el cardenal Suenens en plena labor conciliar—; sino lo que es más grave: haciendo que cada vez estén más alejados —por su inmovilidad misma— nuestros cuadros eclesialísticos del contacto y comprensión de los hombres de hoy.

No es extraño, por eso, que cada vez resulte más difícil, a los de fuera, reconocer los rasgos del Evangelio entre tantas cosas accidentales, adheridas a la visibilidad de nuestra Iglesia a través de estos siglos y guardadas por algunos con celo propio de mejor uso. De ahí que el cristianismo —aparte de otros motivos— esté también por esto en descenso.

crisis de obediencia

S natural que, en algunos medios eclesialísticos (igual que en otros seculares), se manifieste esta incomodidad que, en ocasiones, llega a disconformidad y oposición a aquello que no es esencial al mensaje de quien fundó el cristianismo.

Yo señalaría cinco aspectos de esta crisis del clero —no únicos—, pero que me parecen muy dignos de recordatorio.

Se podrían resumir así estas crisis: 1) de obediencia; 2) de valores religiosos; 3) de valores humanos; 4) de cultura; y 5) de métodos apostólicos.

La crisis de obediencia es fácil de señalar. Hasta hace poco se quería coonestar todo lo que decía un superior religioso con lo que se llamaba gracia de estado (como si la ayuda de Dios no requiriese, para ser eficaz, la cooperación humana) y se reforzaba con la afirmación de ser la voluntad del superior siempre expresión de la voluntad divina. Pero hoy somos perfectamente conscientes de que toda autoridad es falible (excepción hecha de los poquísimos casos de enseñanza dogmática), y queremos vivir responsablemente —no alegremente por supuesto— esta verdad.

No tenemos obligación estricta de obedecer sino a las leyes justas —civiles

LA CRISIS DEL CLERO

por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

o eclesialísticas—; y, desde luego, no podemos ir nunca contra nuestra conciencia personal, cuando esté moralmente cierta de una exigencia decisiva. Nuestra sumisión tiene que ser «activa y responsable», como dice el Concilio. Nadie puede pretender que seres inteligentes sean dirigidos como autómatas que carecen de conciencia personal; o que no tengan ninguna —o casi ninguna— iniciativa. El superior no puede «menoscabar la dignidad de la persona humana», ni hacer de la obediencia una virtud fomentadora de perpetua inmadurez. «Hay que fomentar su sumisión voluntaria» y «cooperadora», «promoviéndola», y no imponiéndola ciegamente. En realidad, el único sentido que tiene la obediencia es la participación y cuidado de todos por el bien de toda la comunidad: por eso, sin ejercicio de nuestra inteligente voluntad —sin forzarla artificialmente— no hay verdadera obediencia.

Los superiores debían meditar que las estructuras eclesialísticas —tal como están hoy en gran parte organizadas— ejercen una fuerte presión sociológica, que se cohonestaba mal con el descubrimiento práctico y vital de la libertad, que hemos hecho los hombres de este siglo. Hasta la psicoterapia de Carl Rogers —seguida por muchos católicos en América— pretende la reconstrucción de la personalidad por medio de la auto-educación, y no de la imposición; y estos ejemplos psico-pedagógicos debían ser más tenidos en cuenta en todo el proceso educativo de clérigos o religiosos.

«De cualquier modo es humanamente imposible el ejercicio de la autoridad sin consultar a los gobernados: negar esto es hacer de la obediencia una insensatez», dice el simpático arzobispo Roberts, S. J. Podríamos así resumir todo lo dicho, con esta frase del padre Buckley, el 11 de noviembre de 1964 en el Concilio: «Hay superiores que hablan siempre de crisis de obediencia; pero pienso que la crisis está del lado de los superiores, y no de los religiosos. La verdad es que los jóvenes actuales no aceptan fórmulas arcaicas, como la de que la voluntad de los superiores es exactamente la misma que la de Dios».

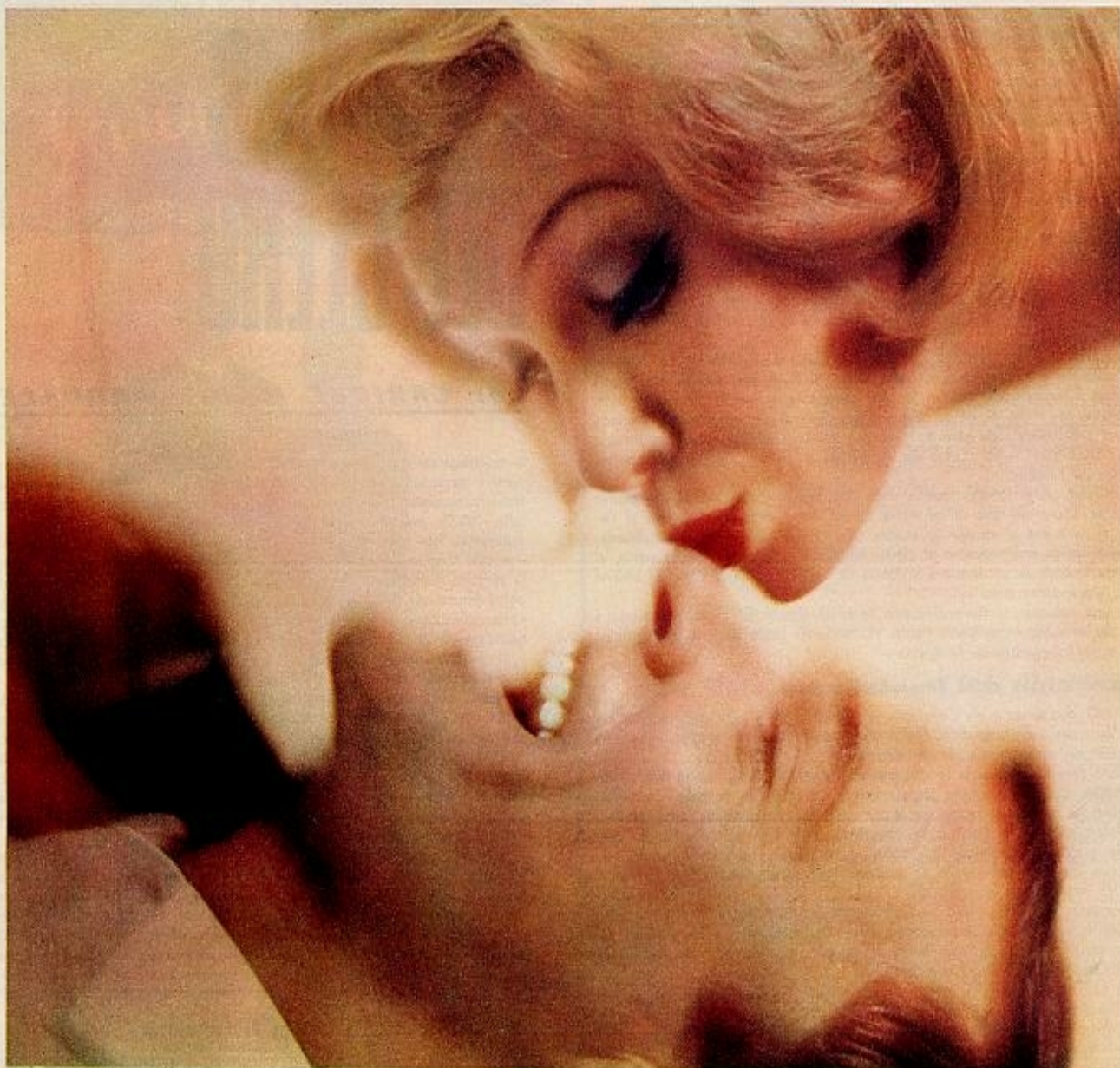
crisis religiosa y humana

CUANDO se hace psicoanálisis de grupo —como en Méjico permitió ensayar el obispo Méndez Arceo, o en España se ha practicado en núcleos restringidos— se encuentra uno —a veces— con un resultado desolador: parte de estos clérigos afectados de conflictos psicológicos no viven —en su vida profunda— los valores religiosos auténticos, sino sólo un sucedáneo de los mismos. Y no es ése el resultado de su desajuste psíquico, sino por lo contrario resulta, esta falta de vivencia profunda religiosa, la realidad triste que cooperará a su situación. Su educación había fallado radicalmente, y no precisamente por culpa de ellos.

Con estos casos se plantea el problema de la educación recibida en algunos centros eclesialísticos. En ellos se había atendido hasta ahora preferentemente a la disciplina, y a las prácticas más o menos artificiosas de una ascética monacal, para conseguir hombres religiosos. Pero el resultado fue, en bastantes casos, ineficaz, porque no se había hecho vivir las auténticas vivencias religiosas profundas: el exteriorismo de unos reglamentos religiosos, o de unas costumbres infantiles, más o menos desviadas psicológicamente, llevaron a este resultado desolador, a pesar de toda la buena voluntad desperdiciada en una tarea ingenuamente desorientada, en el plano pedagógico y humano.

En ocasiones se ha puesto, en nuestra instrucción espiritual, a Dios como pantalla; y no, como descubrimiento, a través del amor humano. No se ha querido a los demás de verdad, ni se han comprendido los verdaderos afectos humanos. Basta para pecatarse de ello leer esos libros de ascética que tan desviado hincapié hacen en evitar todo trato amistoso en cualquier comunidad religiosa. El espectro que bulle en algunas mentes es el de los peligros de las «amistades particulares».

Cuando hemos reaccionado consecuentemente a esta desorientada educación religiosa, hemos dado sensación de poca honradez humana, porque no habíamos aprendido a valorar de verdad al hombre por sí mismo. Teníamos que acudir al manual de moral para saber hasta qué punto estábamos obligados a ayudar a un hombre en necesidad, y cómo podíamos desentendernos, si esto comprometía nuestras ideas o nuestros recursos económicos. Todavía me escandalizo al releer, en uno de estos libros de teología, ciertos casos «morales». Una monja en un hospital, según uno de estos autores, debe comportarse pasivamente cuando un protestante moribundo pide la ayuda espiritual de su propio ministro religioso, y, en cambio, un criado puede llevar cartas amorosas a la «kamante» de su señor, para evitar un notable perjuicio económico si hubiera peligro de ser despedido. ¿Cabe más materialismo que ése? ¿Es eso deseducador o educador de las conciencias? **SIGUE**



El secreto del hombre de hoy



Floïd en Europa:

ALEMANIA - AUSTRIA - BELGICA - ESPAÑA - FINLANDIA
FRANCIA - GRAN BRETAÑA - GRECIA - HOLANDA - ITALIA
NORUEGA - PORTUGAL - SUECIA - SUIZA

Floïd

after-shave lotion
foam after-shave spray
electric pre-shave lotion
electric pre-shave spray
foam shaving-cream spray

hair tonic lotion
hair-fix & spray
cologne for men
deodorant-spray
toilet-soap

¿Qué imagen se nos ha querido meter de Dios —a clérigos y seglares— con estos libros: ¿la de un Dios que a todos acoge por su buena fe o la de un amo staliniano que «purga» a los que no se conforman con sus ideas estrictas?

Así, poco a poco, y sin darnos cuenta, hemos hecho una labor demoledora, sobre todo en nuestros clérigos, quitando la intimidad humana en todo este tipo de educación religiosa. Hemos separado —de hecho— a los hombres, en vez de unirlos, y hemos forjado esos «pícos» temibles, que son, a veces, los más inhumanos de los espíritus.

¿No es así lógico que muchos clérigos quieran liberarse de estos esquemas que, subconscientemente, les atenazan?

Como también quisieran estar razonablemente más cerca del mundo, y no separarse de él, hasta en el hábito anacrónico e incómodo. Prefieren, con toda razón, un «clergyman» (como con incorrección gramatical se dice) a una sotana.

Incluso la secularización que algunos han pedido, y que cada vez piden más religiosos y clérigos, ¿qué es, muchas veces, sino la expresión de una repulsa contra todo este desapego humano? Al descubrir el mal que hay en tal postura de desconfianza hacia lo humano, por contraste, y generalmente a través de un trato caluroso humano, ha cambiado su vida. El contraste positivo entre este encuentro y lo vivido por él personalmente, que no coincide con lo que le habían dicho, lleva a esta reacción de crisis, y aun de abandono de su estado sacerdotal. Les debían —sin embargo— haber enseñado a tiempo que el cristianismo fomenta el respeto y valoración de lo que es humano, lo mismo en un clérigo que en un seglar. Y el celibato eclesiástico tiene un sentido que no es sino el de liberar de las trabas para un amor más universal, y esto es lo único que puede justificarlo. Pero aceptado siempre en libertad, y no con artificiosas razones que no convencen psicológicamente en el fondo. Si no, el celibato es un fardo difícil de llevar.

La excesiva separación entre cuerpo y alma, la oposición creada, en la espiritualidad personal recibida, entre materia y espíritu, ha dado al traste con un equilibrado sentido de la vida. Cosa —por otro lado— radicalmente antibíblica, si se piensa cuidadosamente.

cultura del siglo xx

Y la cultura que han recibido?

Por supuesto que no siempre es un modelo, porque ha conducido a posturas tan poco «culturales» como la que le ocurrió al profesor de la universidad católica de Lovaina, monseñor F. van Steenberghen, durante el Congreso Tomista Internacional de 1950.

El, que es un tomista inteligente, había presentado una crítica de las pruebas de la existencia de Dios que expone, en la Suma Teológica, Santo Tomás, pero el presidente del Congreso, en vez de permitir la discusión de su «rapport», adoptó la «filosófica» postura de afirmar autoritariamente que estaban tales críticas desprovistas de valor científico, y todo dicho sin prueba ni diálogo alguno.

Y es que, entonces, «los medios romanos estaban verdaderamente obsesionados por la encíclica Humani Generis, aparecida días antes...; y la sombra del Santo Oficio se cernía sobre la asamblea» (F. van Steenberghen). Pero la verdad era que Santo Tomás, con su exposición de las cinco vías, «deja insatisfechos y sugiere dificultades a la mayor parte de los intelectuales, sacerdotes o laicos» (ídem).

Nosotros necesitamos, en los centros católicos de formación, más cultura al día y más libertad de discusión e investigación. Que no sólo se incorpore el estilo de nuestro tiempo a la ciencia eclesiástica, sino que se hagan otros intentos, como el de Teilhard de Chardin, S. J., y se viva el pensamiento cultural del mundo presente, con profundidad religiosa. Esa será la mejor renovación de la teología del futuro.

En filosofía, ciencia o artes, hemos de llegar a una asimilación y respeto completo de sus métodos, de los principios de que parten y de los objetivos que tienen. Esa es la «autonomía de lo temporal», que proclama el Concilio. Y todo ello debe estar presente en la enseñanza del futuro clérigo o religioso.

No se puede concebir ya que sigan estando —por ejemplo— algunas religiosas a un nivel cultural inferior al del término medio de una mujer universitaria. Así no podrán tener impronta sobre los seglares del siglo XX, ni ellas mismas estarán satisfechas en su interior, porque les falta un nivel humano suficiente a su sentido y vivencias religiosas, que deben estar más desarrolladas que en el término medio de los fieles.

Ni tampoco deben estar unos seminaristas sin poder leer las obras corrientes de nuestra filosofía o literatura actuales, y que sólo escuchen críticas negativas —más o menos deformadas— de los anhelos, plasmados por escrito por muchos hombres que pensaron a fondo y supieron expresar lo que vivían como seres de su tiempo.

Y cuando hay seminarios ejemplares, que son pauta de renovación para los demás, que no estemos abocados a verlos clausurados, en un momento de reacción de temor a afrontar una verdadera reforma eclesiástica, como —en cualquier momento— puede ocurrir.

métodos anticuados

Y por último: la crisis de los métodos de formación.

No se trata ya de que el contenido de las enseñanzas religiosas sea adecuado. Ni siquiera que el clérigo o el religioso sea un hombre que conozca y viva la cultura de hoy. Es preciso que todos estos valores humanos y cristianos se comuniquen adecuadamente, esto es, pedagógicamente.

Si observamos el esfuerzo y gasto invertido en colegios religiosos, instituciones católicas, retiros, ejercicios, cursillos, sermones y publicaciones, y lo comparamos con el resultado decreciente del cristianismo en el mundo, y en España también; y, sobre todo, nos percatamos de la poca influencia decisiva que tiene la religión enseñada, para responsabilizar a los cristianos en las tareas humanas de convivencia o de construcción de un mundo más justo, comprenderemos el triste balance que se presenta a nuestra vista. ¿No ha sido España —en sus estamentos católicos— la más remisa a entender plenamente la declaración conciliar sobre libertad religiosa? ¿No vemos, casi siempre, y de modo casi inconsciente, a un enemigo en todo el que no comparte nuestras creencias?

Y si vamos a nuestra práctica de la religión, ¿es tan elevada como algunas veces se asegura? ¿Puede compararse con los grupos católicos de otros países? Holanda tiene un porcentaje entre los católicos de más del 80 por 100 de asistencia a misa y, nuestro país, ¿llega al 25 por 100? Y esto suponiendo —lo que es mucho suponer— que este cumplimiento exterior de un precepto dominical sea suficiente para expresar la realidad de unas vivencias religiosas actuales.

En Norteamérica —por ejemplo— debía preocuparnos que el catolicismo, a pesar de su desarrollo demográfico, es el grupo cristiano que menos atracción apostólica ejerce. Los protestantes son doblemente más apostólicos que ellos. El padre O'Brien refiere que el 43 por 100 de los protestantes americanos tuvo éxito en convertir incrédulos, y de los católicos del país sólo el 17 por 100 de ellos consiguió atraer a la Iglesia conversos. ¿Los métodos usados por los católicos tradicionales —como los americanos— son, entonces, eficaces?

Habría que preguntarse si nuestros catecismos, clases de religión y libros de texto están redactados pedagógicamente, y si una parte de nuestro clero está bastante preparado para una adecuada labor apostólica de hacer auténticos convertidos, hombres de convicciones arraigadas y no autómatas movidos por el temor o la rutina. El citado padre O'Brien, profesor de la Universidad de Notre Dame, en Indiana (U. S. A.), nos recuerda una realidad chocante: «¿Qué sacerdote de toda la cristiandad ha sobrepasado —por ejemplo— al seglar Frank Sheed en enseñar la fe católica?». Y esto debía hacer meditar a los «profesionales» —en el mejor sentido de la palabra— del cristianismo.

No se trata de hacer repetir mecánicamente unas ideas, sino que quien enseña debe estimular al creyente a que diga, haga y sienta, por su propios medios. Así saldrán seminaristas y novicios convencidos y aptos para transmitir un mensaje de vida.

Los tres grandes fallos de esta educación que critico son, sobre todo:

1. Pensar ingenuamente que la palabra meramente aprendida conduce a la acción que ella representa, cuando los psico-pedagogos Symonds, Guthrie y Kilpatrick han demostrado lo contrario. O sea, que educar es algo muy distinto de lo que se ha hecho muchas veces: ya que, sin participación personal y vital en lo que se aprende, no hay cambio permanente en la conducta.
2. Que la teoría de los hábitos, aprendidos por repetición de un acto, yo no está en vigor, porque el psicólogo Allport y el famoso padre Lindworsky, S. J., con otros muchos, han probado su falsedad.
3. Que la disciplina y el orden se piensa, equivocadamente, que son educadoras, y que el exigir en colegios o seminarios la asistencia diaria a misa, o la comunión o ciertos rezos obligados, conduce a resultados formativos. La disciplina es verdaderamente necesaria para mantener el orden, pero ella sola es insuficiente para educar, y, según como se realice, incluso contraproducente. Eso lo hemos visto en algunos jóvenes educados en colegios católicos, que, salidos de él, no quieren volver a Misa por reacción.

En un mundo en pleno cambio y desarrollo, necesitamos, evidentemente, un poco más de ciencia y un poco menos de recetas empíricas o de ignorancia piadosa.

grupos que cambian

Y a sé que no todo —ni mucho menos— ha sido malo en la formación recibida; pero hemos de ser conscientes de los aspectos negativos de la misma. Y por eso hay que afirmar que las señaladas son algunas de las causas de que haya crisis en el clero. Crisis de desarrollo y perfeccionamiento, si sabemos orientarla bien. Crisis destructora, si rechazamos las profundas realidades que están en la base de la misma.

No en todo el clero, ciertamente, hay esta postura positiva. Algunos —jóvenes o mayores—, bien situados en su espíritu de grupo y en su cómodo afán subconsciente de dominio de los fieles, son una rémora para lo que tanto necesita la Iglesia. Esos jóvenes, que son sólo modernos en lo exterior, pero contrarios, en la práctica, a la promoción personal de seglares que sean celosamente independientes. Y aquellos mayores, asentados en sus rutinas ideológicas o de costumbres, forman (unidos unos y otros en una misma resistencia al cambio necesario), cada vez, un grupo menos numeroso.

Por suerte, cada día son más los que piden una sana transformación, porque, entre jóvenes y mayores, sobre todo entre los consiliarios de Apostolado Seglar, se ha abierto paso un positivo afán de adaptación y asimilación de todo lo bueno de nuestra cultura del siglo XX, que es mucho.